

# «La corrección política es veneno, es la gangrena del arte»

## Ariana Harwicz

Escritora

► La escritora argentina reflexiona sobre la libertad artística y la creación como forma de rebelión y ruptura en el ensayo 'El ruido de una época'

DAVID MORÁN  
BARCELONA

Escribir sin ofender a nadie, asegura Ariana Harwicz (Buenos Aires, 1977), «es un oxímoron». Una contradicción de manual. «Cuando escribo acepto todo lo que es, veo todo, estoy dispuesta a todo», defiende la argentina en 'El ruido de una época' (Gatopardo), ensayo que toma el relevo de la 'Trilogía de la pasión' y con el que la escritora afincada en Francia reflexiona sobre la libertad de escritores y creadores en una época de parches morales, reescrituras sensibles y hogueras públicas. Para ilustrarlo, la también autora de 'Degenerado' salpica sus reflexiones con citas y guiños a Imre Kertész, Marguerite Yourcenar, Glenn Gould, Marguerite Duras, Edgar Degas i Grigori Sokolov, creadores que, dice, representan «una forma de pensar el arte que ya no existe». «Esta época es como mi enemiga imaginaria», resume Harwicz al poco de enterarse de que el final de la huelga de guionistas ha desbloqueado la adaptación al cine de 'Matate, amor', producida por Martin Scorsese y con Jennifer Lawrence como protagonista.

—¿En qué momento de escribir dejó de significar meterse en problemas?

—No se trata de romantizar el pasado, que supuestamente es un defecto del conservadurismo, pero sí me interesa más la figura del artista de otra época; el que lo ponía todo en riesgo, el que estaba amenazado por el poder clerical y político. Hoy en día más bien parecería al revés.

—¿A qué se debe?

—Creo que hay épocas más cobardes que otras en la historia del arte y la política. También es época de negación. Por lo menos yo lo veo en Francia. Cuando fueron los atentados islamistas, la consigna era no odiar. No tendrás mi odio. En épocas pasadas había mucho odio. Los mejores poemas y los mejores cuadros se hacían odiándolo todo. Ahora la consigna patológica es que, pase lo que pase, aunque maten a tu hijo y te saquen las vísceras, no tendrás mi odio. ¿Cómo que no? ¿Por qué? Tendrás todo mi odio. Eso, claro, crea otro tipo de figura de artista, porque antes odiaban todos. Ahí está Degas, que decía que cuando empezaba a pintar tenía el ánimo

de un asesino, de un criminal. Hoy en día lo cancelarían porque ¿cómo va a decir eso? ¿Cómo hace apología del asesinato? En ese momento odiarlo todo era una figura poética, así que creo que todo eso contribuye a que la figura del artista hoy sea menos peligrosa para el poder. Mucho menos, porque están de acuerdo.

—¿Es la corrección política veneno para el arte?

—Para mí sí. Es la gangrena del arte. Es el veneno que te ponen intravenoso. Crees que no, que es para embellecerte, y lo tienes dentro del cuerpo. Entre otras cosas, este libro trata de preguntarse qué obras de arte van a surgir de esta época. Porque, como las tortugas que van al mar, ahora se publica muchísimo, pero la mayoría muere, no queda. Se supone que ahora hay que escribir para respetar la diversidad y las minorías, pero paradójicamente con buenos sentimientos sólo hacen obras menores.

—Habla del 'síndrome Sally Rooney'.

—Hay escritores muy célebres o con mucha visibilidad, en general jóvenes, que adaptan su figura de autor y su política de autor a las reglas del juego. Y si está bien visto boicotear a Israel, boicoteo a Israel. Pero no a China o a los países árabes que lapidan a las mujeres... Lo mismo Kevin Lambert o tantos otros que usan a los lectores sensibles. Me parece que hubiera provocado un escándalo en escritores de otras generaciones. La idea de ver tu obra intervenida por algo que es ajeno a lo literario, que es una especie de figura enaltecida de lector sensible. ¿Sensible respecto a qué?

—Ahí está el debate sobre aplicar la mirada del presente al pasado y separar la obra del autor.

—Pero, ¿cómo voy a poner mi mirada yo en una estatua griega? ¿Por qué ten-



Doble moral

«Antes, entre el artista y su obra había toda una distancia simbólica, la distancia de la alteridad. La obra no es él»



Ariana Harwicz, fotografiada esta semana en Barcelona // PEP DALMAU

go que intervenir un cuadro? Entonces hay que tirar abajo los templos. La cultura occidental está como fascinada con eso de reinterpretar, revisionar, ponerle asesino a todo. Yo estoy de acuerdo en que eran asesinos. La mitad de los escritores del siglo XX eran antisemitas, los otros eran racistas y los otros eran misóginos. Entonces habría que destruir todo el arte. Y lo peor es que cuenta con la complicidad de los escritores. Antes, entre el artista y su obra, había toda una distancia simbólica. Esa distancia es la distancia de la alteridad. La obra no es él.

—Lamenta que en esta época «se lee mal» porque se lee desde la identidad.

—No me interesa en absoluto leer una obra que viene precedida por un preámbulo, como los avisos de Netflix. «Ahora vas a ver»... No me digas lo que voy a ver. Antes leías textos profundamente perturbadores a nivel de ambigüedad sexual, Joyce mismo, pero no te estaban advirtiendo: «Mira que vas a leer sobre la vida de un no binario, de una no binaria». Ahora ya estás preparado identitariamente para leer sobre la vida de un gay. Se intenta que las obras vengan de antemano prede-

terminadas por una cierta estampa identitaria. Yo siempre trato artesanalmente de luchar contra eso.

—A usted la traductora de 'La débil mental' le pidió poner comillas cada vez que el personaje se llama retrasada mental por considerarlo ofensivo.

—Es una disputa, la traducción. Ahí también hay una posición que tomar, la posición ética que se puede tomar como escritor. También lo del lenguaje inclusivo, si lo adoptas o no. Pero sí, la traducción sigue la misma tendencia, porque la traducción es el medidor de una época. Y los artistas ven cómo se retraducen las obras en total tranquilidad, pasividad y complicidad. Son colaboradores.

—Como si la censura viniese ya de serie, puesta de casa.

—Es que eso ya estaba prefigurado, preanunciado por los que han advertido que ahí venía el tsunami, el ciclón, el tornado. Orwell, Huxley, 'Un mundo feliz', '1984'... Todo eso que estudiábamos como distopía hace 40 años, lo lees ahora y es un manifiesto, es la perfecta radiografía de 2023. Kertész también lo dijo respecto a que Europa iba a entrar en decadencia.